

## **“JUEGOS DE HERENCIA”: LA LÓGICA DE LOS ESPECTROS Y LA TECNOLOGÍA DE LA MEMORIA**

Por: Gustavo Gómez P.

Filosofo y Teorico del Arte

En su proyecto titulado “Juegos de herencia” Clemencia Echeverri llama la atención sobre un ritual que se realiza cada año en El Valle, un pueblo de la región del Pacífico en Colombia, que consiste en enterrar un gallo vivo, con la cabeza afuera, para luego ser decapitado con un machete. Como sucede con frecuencia cuando se indaga sobre la genealogía de un legado cultural, aunque parece que este ritual tiene precedentes en España no son claros sus orígenes, así como tampoco se puede demarcar con precisión su sentido, que encuentra resonancias en los ritos masculinos de iniciación ligados a la guerra. Frente a esta aparente oscuridad, vale la pena considerar que aunque tendemos a privilegiar la claridad, quizá el carácter enigmático que rodea a esta práctica cultural es lo que nos llama la atención, lo que nos incita a pensar.

Justamente, en este punto encuentro el origen fundamental de “Juegos de herencia”, una especie de sorpresa o asombro ante un acontecimiento que resulta misterioso, en cierto sentido incomprensible e inexplicable. Se podría decir que lo “extraño”, lo “otro”, demanda de nuestra parte la responsabilidad de un cuidado, algo que tenemos que guardar en la memoria porque podría un día no volver a ocurrir. Seguramente esta es la razón que obliga a una artista a tomar sus cámaras, alejarse de su taller, y tratar de registrar lo que está sucediendo en un lugar remoto de las costas colombianas; pues sólo desde esta cercanía, desde el registro específico de la situación, es posible pensarla.

En efecto, aunque se tiende a desligar lo que significa pensar de una actividad técnica o productiva, inmersa en una situación específica, ya Heidegger llamó la atención sobre la vecindad entre pensamiento y poesía para recalcar la importancia de la relación concreta con un medio, la necesidad de escuchar lo que dice un elemento, un material, para comprender lo que sucede ante nosotros (Heidegger, 2005: 209). No obstante, puesto que la alusión heideggeriana a esta vecindad sigue siendo oscura, para entenderla habría que considerar, como lo hace Derrida (Derrida y Stiegler, 1998: 15), que nuestra relación con el presente, la actualidad, siempre está constituida artificialmente, cribada por los dispositivos tecnológicos que usamos.

En este sentido, puesto que no hay una realidad pura y estática, que se presente plenamente ante nosotros como una cosa que después será representada, sino que ella se actualiza en función de nuestras propias transformaciones técnicas, se podría decir que pensar la actualidad de nuestra experiencia requiere que nos involucremos en los procesos productivos que la constituyen. El ejercicio del pensamiento y el de la memoria están así intrínsecamente ligados, como también lo sugiere Heidegger (2005: 22), pues solamente atendiendo a la luz que nuestros dispositivos técnicos arrojan sobre lo que acontece podemos traerlo a la memoria. Dicho más claramente, hacer cosas, transformar la realidad, es una forma de sacar del olvido posibilidades que yacían virtualmente en los acontecimientos y, según Heidegger, esto mismo es pensar.

En consonancia con esta perspectiva acerca de la relación entre técnica y pensamiento, "Juegos de herencia" llama la atención sobre diferentes registros de la experiencia, que oscilan principalmente entre el sonido y la imagen. Por ejemplo, la sonoridad del machete que se blande para matar es intensificada en la grabación, se trata entonces de *evocar* a partir de allí algunos de los posibles

orígenes de este ritual, todos los cuales aluden a formas de violencia. De esta forma, retomando nuevamente los planteamientos de Jacques Derrida (Derrida y Stiegler, 1998), la cuestión de la herencia no es remitida a un pasado que ha sido dejado atrás, y que no reincide o se repite en el presente, sino que es vista desde una lógica de lo espectral: en este caso, el espectro del asesinato o la violencia que retorna al escenario de un ritual donde muere un animal. Estamos ante un espectro porque la violencia o la muerte no se presenta en sí misma, como una totalidad cerrada, sino que se manifiesta en una voz, en un sonido, en una imagen fragmentada y evanescente.

Lo interesante de esta perspectiva, de esta lógica de lo espectral, es que supone un compromiso con la ambigüedad de todo acontecimiento, pues en la Historia con mayúsculas, la dimensión concreta en la que se juega la vida, nunca nos enfrentamos con hechos perfectamente definidos y determinables, sino con apariciones que se configuran provisionalmente gracias a nuestros dispositivos tecnológicos, incluyendo la sofisticada técnica que está a la base de nuestra percepción o nuestro cuerpo. En otras palabras, según lo muestra Derrida, la lógica de lo espectral es la estrategia para pensar la condición *artefactual* de todo presente histórico y, así, comprender nuevas tecnologías de la memoria.

La necesidad de recurrir a esta lógica resulta más patente si consideramos que nuestra comprensión habitual de la historia, según la cual tenemos un acceso privilegiado, preciso, a los hechos, no es en realidad una visión transparente de lo acontecido sino que, por el contrario, encuentra en el sistema alfabético de escritura su condición de posibilidad. Esto es, precisamente, lo que sugiere la siguiente intervención de Bernard Stiegler en sus entrevistas con Derrida:

Si nos ponemos de acuerdo en decir que la escritura alfabética, en cuanto abre un acceso singular –exacto- a lo que pasó en la lengua, al pasado de la lengua, y por eso mismo a lo ya allí, si nos ponemos de acuerdo en decir que esa escritura en cuanto nueva posibilidad de acceso al pasado prepara una nueva relación con el futuro, también debemos decir entonces

que es una condición para que se elabore una temporalidad histórica, no simplemente la ciencia del historiador, sino la relación con el futuro que constituyen los tiempos históricos, una súbita aceleración, la apertura del espacio político, la práctica de la geografía, una transformación de la relación con el territorio (Derrida y Stiegler, 1998: 127).

Según este pasaje, incluso nuestra concepción más extendida del tiempo, de nuestra relación con el pasado y el futuro, parece intrínsecamente ligada a la “teletecnología” de la escritura alfabética. De aquí provienen también nuestras formas de “reflexividad”, de comprensión del mundo. Por esta razón, podríamos decir, la mutación creciente de nuestros dispositivos tecnológicos supone una reconfiguración de esta misma temporalidad, abriéndonos a nuevos modelos de reflexión histórica. Esto es lo que sugiere la respuesta que plantea Derrida al pasaje anterior, que para él resulta problemático en tanto atribuye un papel privilegiado a la escritura en la configuración de la historia, donde dice lo siguiente:

Lo que ocurre hoy en día es también una experiencia del límite histórico en su origen y su fin, en cierto modo en su origen y su terminación, por lo tanto, el límite de la escritura fonética. Esta se ve más desbordada que nunca. No es originaria, en cierta forma está terminada, desbordada por la experiencia de la imagen que hacemos hoy. Ese privilegio de lo alfabético, en el cual usted insiste con justa razón y que también me había llamado la atención, no es más que un privilegio tecnoeconómico en un proceso que lo precede y excede” (Derrida y Stiegler, 1998: 129).

Efectivamente, podríamos decir que el predominio de la escritura alfabética en nuestras construcciones históricas ha generado la ilusión del registro exacto, del dominio de los acontecimientos, que, sin embargo, ha sido desbordado por las nuevas tecnologías de la imagen, por los nuevos medios audiovisuales añadiríamos nosotros. Este desbordamiento es producido, justamente, por la multiplicación de perspectivas que supone la democratización y expansión de estos nuevos medios, en donde tenemos la posibilidad de revelar aspectos de la realidad que antes pasaban desapercibidos y que, muchas veces, eran inimaginables. Esto significa, en últimas, que tenemos acceso a nuevas dimensiones del recuerdo, que podemos recordar nuevas formas de lo que acontece.

En este sentido, volviendo sobre “Juegos de herencia”, vemos que la posibilidad de un registro sonoro *in situ*, y su intensificación respectiva a través de un montaje

digital, permite reconocer en un ritual espectros de múltiples voces que difícilmente habríamos capturado desde la perspectiva hegemónica de la escritura: la voz del machete, de la cabeza que cae al desprenderse de su cuerpo, el de la mano que empuña con fuerza el machete y se mueve con agresividad, todas ellas apariciones de un mismo espectro, diría Derrida, el espectro de la muerte, de la violencia, o también de la lucha por la supervivencia, herencia milenaria que pervive y se actualiza tomando formas cada vez más inesperadas.

Simultáneamente, el “juego” con la cámara de video permite capturar replicas de esta situación que en medio del bullicio y de la complejidad del ritual resultan difícilmente perceptibles, por ejemplo, el momento en el que alguien patea la cabeza del gallo una vez ha terminado la ejecución del ritual. Este suceso, aparentemente intrascendente, muestra que el ritual no es simplemente una construcción simbólica, una representación ficticia, sino que en él se canalizan impulsos que se encuentran latentes en nuestras formas de ser o habitar el mundo, pero que usualmente no son percibidas directamente. En otras palabras, se podría decir que en este caso la cámara de video permite capturar, más allá del momento crucial de la muerte del animal, registros inhabituales de lo que significa el espectro de la violencia. Así, pues, el video rescató del olvido un acontecimiento que a pesar de haberse repetido muchas veces, quizá no había sido capturado con la intensidad apropiada.

En este orden de ideas, “Juegos de herencia” supone una reflexión sobre lo que significa hacer historia, o pensar la historia, aspectos que en este punto deben ser indiscernibles. En efecto, el papel del sonido y el video en este caso está orientado a revelar e intensificar aspectos de la violencia que en ningún momento se pueden reducir a una imagen única, manteniendo siempre la ambigüedad latente en múltiples apariciones del mismo fenómeno. Por este motivo es importante la referencia a lo espectral, porque la comprensión de que todo acontecimiento es

ambiguo nos lleva a pensar que la herencia, lo heredado, exige de nosotros una apropiación, y esta apropiación depende de los registros que permiten los medios que tenemos a nuestra disposición.

## **Bibliografía**

Heidegger, Martin. 2005. *¿Qué significa pensar?* Trad. R. Gábas. Madrid. Trotta.

Derrida, Jacques y Stiegler Bernard. 1998. *Ecografías de la televisión. Entrevistas filmadas*. Trad. M. Horacio Pons, Buenos Aires. Eudeba.